

Nicetas de Remesiana

SOBRE LA FE

1. A los hombres que han renacido mediante la fe y han sido santificados según el precepto del Evangelio ¹ en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y que mediante esta confesión esperan el reino celeste, les dijo el Apóstol que no hay nada más útil que el que se ocupen en las buenas obras. Así, en efecto, escribe a Tito: *“Quiero confirmarte en esto, en que los que creen en Dios se ocupen en las buenas obras. Esto es —dijo— bueno y útil para los hombres. Por otra parte, evita las cuestiones necias y las genealogías, las contiendas y disputas sobre la ley, pues son inútiles y vanas”*². Al escribir esto, San Pablo veía ya entonces de antemano que habría hombres que mediante la curiosidad y las cuestiones inútiles descuidarían la práctica de las buenas obras y perderían la paz, que Dios había dejado a su Iglesia. En efecto, hay hombres que mientras se esfuerzan en gustar cosas sublimes no se abajan a entender las cosas humildes, olvidados de la palabra del Apóstol: *“No quieras saber cosas elevadas sino ten temor”*³, de modo que presumiendo de lo no permitido, perdieron también lo lícito. Éstos son los que no pudiendo entender ni abarcar con su inteligencia la creación del cielo y de la tierra, pretenden abarcar y medir al mismo Dios, su creador y hacedor y al que deben sólo y sim-

plemente adorar por la magnitud de sus obras y la inmensidad de cosas tan grandes, lo ponen en cuestión y disputan acerca de la cualidad y cantidad de su misterio, diciendo: “¿Cómo de grande es el Padre? ¿De qué clase es el Hijo? ¿De qué modo es el Espíritu Santo?” ¡Hombre, todavía no te conoces a ti mismo y te atreves a medir las cosas divinas!

2. No me voy a detener en el patripasiano Sabelio, el cual con necia presunción se atrevió a decir que el mismo que es Hijo es Padre, y que el mismo es también Espíritu Santo; y que la Trinidad es sólo de nombre, pero no también de verdad; y que no subsiste en cuanto a las personas, sino sólo en cuanto al nombre. Y así lo confunde todo, al imaginarse que el mismo Padre ha tomado un cuerpo y ha padecido.

Paso por alto a Fotino, el cual oyendo la encarnación del Hijo Unigénito de Dios, su humildad y también aquella su pasión salvadora para nosotros, lo tuvo sólo por un hombre y negó al Dios que debió reconocer por sus mismas obras, olvidando la palabra del Apóstol que dice: “*Porque Cristo existiendo en la forma de Dios, tomó la forma de esclavo*”⁴, para darnos a los que somos siervos del pecado la verdaderísima libertad. Y en la Carta a los Corintios: “*Conocéis —dice— la gracia de nuestro Señor Jesucristo, porque siendo rico se hizo pobre por vosotros, para que os hicieráis ricos mediante su pobreza*”⁵.

Así pues, paso por alto tanto a Sabelio como a Fotino, porque de casi todas las Iglesias recibieron digna sentencia⁶ de su error.

3. Me pedisteis ⁷ que dijera algunas cosas de esta herejía que ahora ⁸ calumnia a la fe católica, precisamente de esta herejía a la que Arrio ⁹ ha dado origen como fun-

dador. Éste, pues, no se contentó con las palabras del Evangelio ¹⁰, con la predicación de los apóstoles, que ciertamente mencionan al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo ¹¹; ni se dignó, como se debe, creer que el Padre tiene un Hijo y el Hijo tiene verdaderamente un Padre. Pero el infeliz va más allá y quiere investigar cómo y de qué manera pudo Dios engendrar, y sin comprender el modo, que

tampoco se puede comprender ¹², cayó en el error de negar al Padre y al Hijo. Al Padre lo niega, pues dice que no pudo engendrar de sí mismo un Hijo propio y verdadero ¹³. Y al Hijo lo niega ¹⁴, al decir que más que ser en-

gengrado ha sido hecho de otra procedencia y de lo no existente¹⁵; y (dice) que es una criatura que por su amor¹⁶ mereció recibir el nombre de Hijo, pero que no es verdaderamente Hijo que haya sido engengrado del Padre. Y por eso escribió¹⁷ que era de otra sustancia, para

que no se crea en absoluto que es verdadero Hijo del Padre. Contra esta perversidad y nueva doctrina suya se tuvo el Concilio de Nicea donde, colacionadas y recorridas todas las Escrituras, quedó aclarada y puesta por escrito la verdad. Pues al Hijo, del que Arrio había dicho que era de otra procedencia y no del Padre ni de la sustancia del Padre, a saber, de aquello mismo que es Dios, nuestros

santos Padres¹⁸ lo confesaron solemnemente **“nacido del Padre, es decir, de la sustancia del Padre, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, nacido no hecho, de una única sustancia con el Padre”**, de modo que no se crea que hay alguna diversidad en el Hijo. En realidad, si es verdadero Hijo de Dios y ha sido verdaderamente engendrado de Dios Padre, no se ha de creer que sea de otra sustancia, sino de la de aquél del cual es Hijo, de manera que como el Padre es Dios, del mismo modo el Hijo es Dios y como el Padre es luz, así el Hijo es luz.

4. Pero a algunos ofende esta misma profesión de fe, por la que se cree que el Hijo es de su misma sustancia, y mediante calumnias se retuerce la santa profesión de fe, pues interpretan la frase de *una única sustancia* de este modo: como si dijéramos que el Padre está dividido y que

el Hijo es una parte del Padre, y que Dios Padre se habría disminuido en el Hijo o que el Hijo participaría de la unidad de la sustancia paterna mediante flujo y derivación. ¡Lejos no sólo del pensamiento, sino también de oídos cristianos, que tal cosa venga a nuestra mente! Por nuestra parte creemos que el Hijo es de una única sustancia de modo que creemos que el Padre, perfecto en su eternidad y permaneciendo también en su impassibilidad, ha engendrado al Hijo sin sentir pasión alguna ni disminución de su naturaleza o de su majestad, sino que siendo Él mismo perfecto ha engendrado de sí mismo antes de todos los siglos al Hijo verdadero, perfecto y omnipotente, mediante el cual *“todo fue hecho y sin el cual no se hizo nada”*¹⁹, para que se crea que es verdadero Padre de su Hijo Unigénito y que es Hijo verdadero del Padre, no confundido sino distinguido²⁰. Sin embargo, teniendo el Hijo en sí todo lo que es del Padre, como Él mismo dice en el Evangelio: *“Todo lo que tiene el Padre es mío”*²¹. ¿Qué significa *todo*? Sin duda la virtud, el poder, la bondad, la incorrupción, la gloria y la eternidad, como las tiene el Padre. Por lo demás, si estas cosas no están en el Hijo, me atrevería a decir que parecería que el Padre se ha degenerado en el Hijo. Y si esto es así, a saber, que se considere al Hijo como degenerado, ¿cómo tiene el mismo honor, si el mismo Señor dice *“para que todos glorifiquen al Hijo, como glorifican al Padre”*²²? Esto lo exige el Señor y lo ponen por obra los fieles, sin escandalizarse de la humildad del Hijo Salvador ni de las palabras que en cuanto hombre habló, como tampoco de la pasión que se dignó

padecer por la salvación del mundo, sino que por estas mismas cosas sienten que deben a Cristo más agradecimiento y más honor, de modo que si en el Evangelio no hubiera el precepto de que todos honren al Hijo como honran al Padre²³, los más fieles harían incluso más que esto, porque aquél que se dignó humillarse debía ser exaltado, según está escrito: *“El que se humilla, será engrandecido”*²⁴.

5. Pero si el Padre dice: *“Éste es mi Hijo, escuchadle”*²⁵, y el Hijo dice: *“Para que todos glorifiquen al Hijo como glorifican al Padre”*²⁶, ¿qué clase de ceguera mental no será, dejando de darle culto, idearle ofensas? ¿cuál no será el olvido de nuestra esperanza considerar débil, inferior y despreciable a Cristo que nos confirió fuerza, grandeza y gloria según la voluntad de su Padre? Créeme: el honor del Hijo es honra del Padre. Cuanto más atribuyas al Hijo, tanto más engrandecerás la gloria del Padre. El Padre Bueno no tiene envidia de la gloria del Hijo, porque toda la gloria del Hijo revierte en el Padre. Éste es el sentido católico, ésta la devoción de los fieles, éste es el deseo de los santos. Según estas cosas entienden todos los dichos y hechos del Señor y entendiéndolos lo expresan. Y a esta devoción no les impide en absoluto aquellos textos que parecen expresar un deseo del Señor, como por ejemplo: *“El Padre es mayor que yo”*²⁷ y *“No he venido a hacer mi voluntad”*²⁸ y *“El Hijo no puede por sí mismo hacer nada”*²⁹ y otros muchos textos de esta clase: todos ellos no debilitan al Hijo ni lo minusvaloran, sino que lo distinguen del Padre. Como también se

han escrito estos otros para que no se niegue su verdadera divinidad: *“Yo he salido de Dios Padre”*³⁰ y *“Yo estoy en el Padre y el Padre en mí”*³¹, *“Yo y el Padre somos una sola cosa”*³² y *“El que me ve a mí, ve también al Padre”*³³ y *“Como el Padre resucita y da vida a los muertos, así también el Hijo da vida a los que quiere”*³⁴.

6. Pero al alma fiel³⁵ no le escandalizan ni aquellos textos en los que se narra que el Señor tuvo hambre³⁶, durmió³⁷ y lloró³⁸, o aquello de estar triste hasta la muerte³⁹, la cruz, la pasión, la sepultura, puesto que esas cosas han sido escritas y hechas para lo siguiente, para ofrecer ejemplos de paciencia y para dar a conocer su verdadera encarnación. Así pues, cuando se dice que el Señor tuvo hambre, entiende la asunción de un cuerpo verdadero. Por el contrario, en lo de que con cinco panes y dos peces dio de comer a cinco mil hombres⁴⁰, reconoce su verdadera divinidad. Ciertamente cuando dice: *“Yo soy el pan vivo que he bajado del cielo”*⁴¹, no entra en nuestra cabeza que se pueda creer que el Pan tenga hambre.

Así hay que interpretar lo del sueño. Porque como por el sueño se conoce la verdad del cuerpo, así por aquello de que enseguida da órdenes a los vientos y a las olas ⁴² se demuestra su verdadera divinidad. Que derrama lágrimas por Lázaro, se elimina la sospecha de ser un fantasma, pues las lágrimas son humores de un cuerpo verdadero. Y cuando dice: "*Lázaro, ven afuera*" ⁴³ y enseguida, abriéndose la tierra, aquel que olía mal salió vivo, es un gran indicio de su divinidad. Y cuando dice aquello de "*Triste está mi alma hasta la muerte*" ⁴⁴, a partir de esta misma resurrección de Lázaro puede entenderse en qué sentido haya de tomarse: pues la divinidad no temía a la muerte sino que mediante la tristeza del ánimo expresaba un afecto humano. Igualmente se interpreta la cruz, la pasión y la sepultura, con una u otra palabra del Señor se disipa que se le atribuya impotencia o debilidad. Cuando dice a los judíos: "*Destruid este templo*" se refería ciertamente a su cuerpo, "*y yo en tres días lo levantaré*" ⁴⁵. Y de nuevo dice: "*Tengo potestad para entregar mi alma y tengo potestad para tomarla de nuevo*" ⁴⁶. Si levanta el templo de su cuerpo, si la potestad se refiere a entregar su alma por la pasión y a volverla a tomar por la resurrección, se acaba la opinión de debilidad en Cristo, donde se declara la sublimidad de una potestad tan grande.

7. Por tanto, todo hay que entenderlo piadosamente, todo hay que examinarlo con honradez. En el Señor hay que confesar ambas cosas: la forma en la cual siempre existió y la forma de siervo ⁴⁷, que fue asumida por los siervos. Hay que creer la pasión según la carne y la impassibilidad según la divinidad, para que no seamos juzgados im-

píos o ingratos. Pues el que niega que el Hijo de Dios es impasible, en cuanto a aquello que es, y dice que es semejante a Dios Padre, este tal es un impío. Y el que se niega a confesar su pasión según la carne, es un ingrato. Por tanto, gloriémonos en la cruz de Cristo, como solía gloriarse Pablo: *“Lejos de mí el gloriarme a no ser en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”*⁴⁸. Confesemos la unidad y no se nos apartará: *“Si hemos muerto, —como dice el Apóstol—, viviremos con Él; si padecemos, también reinaremos con Él; si lo negamos, también Él nos negará”*⁴⁹. Si no creemos lo que Él dice: *“Yo y el Padre somos una sola cosa”*⁵⁰, *“Él permanece fiel y no puede negarse a sí mismo”*⁵¹, porque está en la gloria de Dios Padre⁵², porque vive con el Padre, porque reina con el Padre con un único y mismo imperio. Así como al hablar de todo impúdico, inmundo y avaro dice el Apóstol: *“No será heredero -dice- en el reino de Cristo y de Dios”*⁵³, llamó único al reino de Cristo y de Dios, porque una sola es la voluntad del Padre y del Hijo, una sola la cooperación, una sola también la gracia y el gobierno es el mismo, como enseña el mismo maestro de los gentiles cuando escribe: *“Gracia a vosotros y paz de parte de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo”*⁵⁴. Y en otro pasaje: *“Que el mismo Dios y Padre nuestro y el Señor Jesús dirija nuestros pasos hacia vosotros”*⁵⁵. No dice *dirijan* para no inducir diversidad de voluntad o potestad entre Padre e Hijo; sino que dijo *dirija* para mostrar más bien la unidad. Así pues con esta fe y con estas mismas palabras

oremos también nosotros para que la única gracia, la única paz y también el único gobierno del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo nos defienda y dirija siempre.

No pude negarme a escribir estas pocas cosas a modo de breve comentario, pues me pedisteis que os escribiera. Confío que, aunque lo escrito sea breve, a las almas fieles les podrá proporcionar la plena alegría de Dios.